

IX Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2011.

Representaciones de cuerpo y género: las paradojas del carnaval.

Maria Eugenia Diaz, Laura Luna Dobruskin, Juan Patricio Marchetto y Eliana Elizabeth Montero.

Cita:

Maria Eugenia Diaz, Laura Luna Dobruskin, Juan Patricio Marchetto y Eliana Elizabeth Montero (2011). *Representaciones de cuerpo y género: las paradojas del carnaval*. IX Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-034/373>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Representaciones de cuerpo y género: las paradojas del carnaval

Díaz, María Eugenia; Dobruskin, Laura Luna; Marchetto, Juan Patricio; Montero, Eliana Elizabeth.

Estudiantes de la Carrera de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

meugenia_diaz@live.com.ar

lauradob@hotmail.com

juanpatriciomarchetto@gmail.com

montero.eliana@gmail.com

Resumen

Nos proponemos analizar la influencia que adquiere el *Carnaval de Gualeguaychú*, en tanto práctica extracotidiana, en la configuración de los cuerpos y perspectivas de género de jóvenes varones y mujeres, de entre 18 y 25 años de edad, residentes en la ciudad de Gualeguaychú.

Es posible pensar el carnaval como un tiempo en el que algunas de las expectativas de conductas que los sujetos tienen de los otros son reemplazadas parcial y temporalmente por otras, donde la mirada social abandona algunos de sus aspectos represivos para brindar una vía de escape a la realización de determinados deseos, a la manifestación de determinadas tendencias

Sin embargo, la celebración popular que los festejos de carnaval suponen, se constituye en un canal momentáneo paralelo al de la vida "oficial", en el que su carácter aparentemente democratizador -en tanto socializador y supresor del carácter represivo y de exclusión de la cotidianidad- se superpone con la tutela de nuevas jerarquías y formas de diferenciación que se ciñen con especial intensidad sobre las representaciones de género y los condicionamientos concernientes a la corporalidad.

Este trabajo se realiza a partir de los datos cualitativos obtenidos en las entrevistas, observaciones y notas de campo llevadas a cabo en el marco de la investigación en curso *“Los jóvenes, los usos del tiempo y el consumo de drogas en espacios recreativos nocturnos”*¹.

Palabras claves: género, cuerpo, carnaval, jóvenes, representaciones.

REPRESENTACIONES DE CUERPO Y GÉNERO: LAS PARADOJAS DEL CARNAVAL

Introducción

Es posible pensar el carnaval como un tiempo en el que algunas de las expectativas de conductas que los sujetos tienen de los otros son reemplazadas parcial y temporalmente por otras, donde la mirada social abandona algunos de sus aspectos represivos para brindar una vía de escape a la realización de determinados deseos, a la manifestación de determinadas tendencias.

Sin embargo, la celebración popular que los festejos de carnaval suponen, se constituye en un canal momentáneo paralelo al de la vida “oficial”, en el que su carácter aparentemente democratizador -en tanto socializador y supresor del carácter represivo y de exclusión de la cotidianeidad- se superpone con la tutela de nuevas jerarquías y formas de diferenciación que se ciñen con especial intensidad sobre las representaciones de género y los condicionamientos concernientes a la corporalidad.

Tanto el tiempo del carnaval como el cotidiano son tiempos que no están exentos de las pautas que rigen el día a día; tiempos regulados en los que se espera algo de los sujetos, en los que estos tienen algo prohibido. El tiempo extracotidiano, en el cual los sujetos pueden permitirse determinadas conductas sin salir - finalmente - de los parámetros socialmente establecidos,

¹ PICT 2006 N° 2464, dirigido por Dra. Ana María Mendes Diz. Investigadores: Dan Adaszko, Ana Clara Camarotti, Pablo F. Di Leo, María Josefina Itoiz, Patricia Schwarz,. Colaboradores: María Eugenia Díaz, Laura Luna Dobrunskin, , Juan Patricio Marchetto, Eliana Elizabeth Montero, Natalia Soledad Ochoa, Martín Alejandro Oliva, Noelia Soledad Trupa.

no es más que aquel donde los comportamientos y las prácticas adquieren una excepcionalidad en tanto existe una habilitación que las posibilita.

Las propiedades corporales, en tanto que productos sociales, son aprehendidas a través de categorías de percepción y de sistemas sociales de clasificación. En los últimos tiempos ha tenido lugar una tendencia a la igualación entre ambos sexos en relación al aumento de exigencias sobre los cuerpos. Las nuevas formas de socialización privilegian el cuerpo, pero el cuerpo cubierto de signos efímeros, precarios, provisorios, objeto de una creciente inversión. Esto no deja de estar presente en el carnaval. En tanto practica extracotidiana, creemos que el *Carnaval de Gualeguaychú* influye en la configuración de los cuerpos y perspectivas de género de jóvenes varones y mujeres, proceso en el cual el cuerpo tiene un papel ineludible. Las prácticas sociales llegan a permear los usos y las significaciones corporales de las personas en función de las diferencias de género. Son esas diferencias las que definen territorios y relaciones de género que de algún modo están incorporadas y tal vez naturalizadas en la vida de los jóvenes.

Carnaval y modernidad

El carnaval, en sus orígenes, representaba un espacio de oposición al perfeccionamiento y a la reglamentación donde expresaba una visión del mundo transformadora. A diferencia de la “fiesta oficial” que plantea Bajtin, se burlaba del mundo y abolía provisoriamente las barreras y las relaciones jerárquicas.

De acuerdo con la tradición, el Carnaval es una festividad anual en la que se celebran los placeres de la vida, y en exceso. El carácter socializador que primaba en el carnaval desdibujaba las jerarquías, producía la abolición momentánea pero real, como si la alienación desapareciera condicionalmente. El cuerpo del hombre era concebido como algo indisociable de su ser. El hombre desbordado de su arraigo físico no podía estar disociado de él.

Con el advenimiento de la modernidad, el carnaval pierde el principal atributo de liberación transitoria que primaba en sus orígenes. El cuerpo grotesco, de júbilo carnavalesco se opone, radicalmente, al cuerpo moderno occidental. En la sociedad medieval, y en las tradiciones del carnaval, no existía distinción entre el hombre y su cuerpo, como sí sucederá con el cuerpo de la modernidad, entendido como un factor de individuación. El sujeto moderno, reducido a si mismo, atomizado por las nuevas condiciones sociales, comienza a verse como separado de su propio cuerpo. Cuando los otros se vuelven menos presentes y la identidad personal esta cuestionada por los constantes cambios de sentido y de valores, es el cuerpo lo que queda. Por intermedio de un cuerpo que se disocia y que se transforma, en palabras de Le Breton, en una “pantalla” a través de la cual el individuo actúa simbólicamente sobre el mundo que lo rodea en busca de su identidad y reconocimiento social.

Siguiendo a Le Breton (2006), el individualismo contemporáneo modificó los términos de la relación dualista del hombre con el cuerpo. El estilo dualista de la modernidad llevó al sujeto a darse una forma como si fuese otro, convirtiendo su cuerpo en un objeto al que hay que esculpir, mantener y personalizar. De su talento para lograrlo depende en gran parte la manera en que los otros lo verán. En este imaginario el cuerpo es una superficie de proyección en la que se ordenan los fragmentos de un sentimiento de identidad personal fraccionado por los ritmos sociales.

Cuerpo y carnaval

El carnaval de Gualeguaychú, es considerado el espectáculo a cielo abierto más grande de la Argentina y el tercero en el mundo luego de Río de Janeiro y Venecia. El show está formado por cinco comparsas pertenecientes a distintos clubes y centros sociales y deportivos de la ciudad, entre las cuales compiten cada año tres de ellas desfilando por el Corsódromo con imponentes vestuarios y carrozas. Existe una demanda estacional en el verano de una elevada afluencia turística, tanto nacional como internacional.

El comienzo del Carnaval tiende a generar toda una serie de prácticas que se realizan alrededor del Corsódromo y marca una diferencia, no sólo en cuanto a las actividades, sino también respecto a la presencia de gran cantidad de turistas que vienen a modificar las rutinas de la ciudad. Generalmente, la presencia de turistas permite que los chicos y chicas de Gualeguaychú puedan participar del fervor en la calle que el Carnaval genera, sin distinciones, en un estado común, donde pueden participar de la efusión y confusión colectiva y donde no son vistos ni reconocidos por las personas con las que comparten su vida cotidiana: el tiempo del Carnaval suspende provisoriamente los usos y costumbres. Estos cambios de conductas, producidos en una apertura de un tiempo diferente, son posibles porque, como dice Le Bretón, “...*el Carnaval instituye la regla de la transgresión, lleva a los hombres a una liberación de las pulsiones habitualmente reprimidas*” (Le Breton, 2006:30).

Se encuentra recurrentemente en el discurso de los jóvenes entrevistados, la referencia al carnaval como un tiempo especial en el que “*todo está permitido*”, donde llevan a cabo prácticas de las que “*ni ellos se consideraban capaces*”, donde se manifiesta un clima festivo mucho más general y colectivo del que es pensable durante el resto del año, y un momento al que se orientan varias acciones y sobre todo, expectativas.

“(...) por el solo hecho de ir y ponerte el traje es como que ya sos otra persona. Incluso hasta ni yo me reconozco.” (Varón, 23 años)

“(...) el carnaval es como el futbol, el carnaval es una pasión. Entonces cuando vos vas ahí y soltás todo, en cambio en el boliche si no estás un poco mamadito no bailás. Yo por ejemplo en el carnaval no tomo y es algo totalmente diferente, cuando te ponés el traje ya estás con la adrenalina a full.” (Varón, 23 años)

Sin embargo, esta suspensión provisoria de los usos y costumbres, no es total, ya que ciertas exigencias sobre el cuerpo se mantienen –y exacerban-. El individuo habita su cuerpo de acuerdo con las orientaciones sociales y culturales que lo atraviesan. Como plantea Bourdieu, “*el cuerpo, en tanto que*

forma perceptible que produce una impresión (...) es, de todas las manifestaciones de la persona la que menos y más difícilmente se deja modificar tanto de modo provisional como sobre todo de forma definitiva, y la que es, precisamente por esto, considerada socialmente como la que expresa del modo más adecuado el ser profundo o la naturaleza de la persona al margen de toda intención significativa” (Bourdieu, 1986:183).

Los propios cuerpos se encuentran filtrados por normas sociales e incluso por prácticas económicas e institucionales. De acuerdo con las más diversas imposiciones culturales, los jóvenes “construyen” sus cuerpos de modo que se adecuen a ciertos criterios estéticos, higiénicos, morales. Las imposiciones de salud, vigor, vitalidad, juventud, belleza, fuerza son también distintamente significadas, en las más variadas culturas y son también diferentemente atribuidas a los cuerpos de hombres o de mujeres.

Los jóvenes de Gualeguaychú se preparan de forma especial según el momento del año y esto se evidencia en las exigencias sobre el cuerpo. Las dietas y cuidados en las comidas, el ejercicio físico intensivo, el bronceado, son condiciones para la exposición que este tiempo implica. El cuerpo es cuidado con el fin de obtener un rendimiento óptimo. Se convierte en una propiedad de primer orden, objeto de todas las atenciones, los cuidados, las inversiones. Los éxitos están asociados al buen estado y bienestar físico.

Sin embargo, hombres y mujeres se distinguen en este último punto. Los varones parecieran preocuparse más por el cuidado del cuerpo en tanto herramienta de movilidad, de goce, de trabajo. Las menciones a “estar en forma”, o “mantener la parte física” son más de un orden práctico asociado a la salud que estético. En el caso de las mujeres, la realización de actividad física durante el tiempo “libre” convierte este estado temporal en un tiempo destinado al cumplimiento de las exigencias externas que se han interiorizado. La mujer destina este tiempo a convertir su cuerpo en un cuerpo *modé*, apto por sus características para ser exhibido y reconocido como tal. Se trata de un cuidado estético, en pos de la belleza que definen los parámetros actuales, es decir, busca moldear la sustancia para que se acerque, en la medida de lo posible, a

lo que marcan las normas estéticas de época. A través de muchos procesos de cuidados físicos, ejercicios, ropas los jóvenes inscriben en sus cuerpos marcas de identidad y, consecuentemente, de diferenciación. De esta forma, Lopes Louro sostiene que *“entrenamos nuestros sentidos para percibir y decodificar marcas y aprendemos a clasificar los sujetos por las formas como ellos se presentan corporalmente, por los comportamientos y gestos que emplean y por las varias formas con las que se expresan”* (Lopes Louro, 1999: 15).

“[Voy al gimnasio y salgo a correr], trato de mantenerme físicamente como yo quiero y llegar a ser algo que obviamente nunca voy a poder llegar a ser si no me opero, pero tratar de estar bien por lo menos para poder trabajar en verano (...)” (Mujer, 20 años).

En este sentido, el juicio social es más benevolente respecto del hombre que de la mujer. Sosteniendo una imagen opuesta del hombre y la mujer, *“que hace del primero un sujeto cuya apreciación social está basada menos en la apariencia que en la relación que establece con el mundo”* (Le Breton, 2006:147). El cuerpo de la mujer aparece como objeto para ser exhibido y controlado, en contraposición con el del varón que se representa como un agente más desafiante y osado, pese a que cada vez más se presentan exigencias que pesan sobre sus cuerpos.

Para las mujeres, su propio cuerpo se vuelve una mercancía que no respeta sus parámetros naturales ni pone en consideración sus funciones fisiológicas, sino que fija su valor en el campo de la imagen. Cuanto más se aproximen a los patrones acrílicos y normativizados en cuanto a edad, peso, talla, vestuario –es decir, cuanto mayor sea su estandarización- mayor será su “valor”.

El hombre es también portavoz, conciente o inconcientemente de esas exigencias sobre lo que el cuerpo femenino debe decir y debe callar, ya sea a través de su contextura, su indumentaria, su gestualidad.

“(…) lo varonil, es siempre lo opuesto [a lo femenino], por eso los dos sexos se atraen. La mujer lo que es lo femenino y el hombre lo que es el macho. Vos venís todo así y ella toda delicada te pone la tranquilidad, por eso se atraen, los polos distintos se atraen.” (Varón, 19 años).

Si bien los y las jóvenes suelen reconocer en forma crítica las exigencias externas que se imponen sobre las mujeres moldeando sus cuerpos, no por eso renuncian a reproducir esas pautas. Así el rol de la mirada femenina sobre la otra mujer pesa tanto como la masculina, y unos y otros manejan, en este sentido, los mismos parámetros naturalizados. Estos exigen una *“(…) disciplina constante que concierne a todas las partes del cuerpo y es recordada y ejercida continuamente mediante la presión sobre las ropas y la cabellera”* (Bourdieu; 2000:39).

En Gualeguaychú los relatos indicarían que el Carnaval es el principal “moldeador” de los cuerpos, tanto para hombres como para mujeres. Los y las jóvenes modifican hábitos y conductas en cuanto al cuidado de su cuerpo según la cercanía del Carnaval. Muchos comienzan dietas estrictas acompañado de rigurosas jornadas de actividad física con el objetivo de llegar en condiciones “óptimas”.

“(…) este año yo no salgo en la comparsa entonces no me estoy cuidando tanto como lo hice el año pasado. El año pasado tomaba agua, mate y no comía bien. Tengo amigos que hasta tomaban pastillas para adelgazar. Pasa que llega esta fecha y capaz que lo que no hiciste en todo el año lo querés hacer ya. Pero este año estoy tranquila” (mujer 20 años)

“Es como una obsesión más que nada en estos tiempos. Todo el mundo busca la perfección, incluso yo, que me preocupo por estar flaco. Por lo menos con los que salimos en el carnaval es así. Y lo que me pasa a mí es que vivís pendiente del cuerpo, también por lo que ves por la tele, las cirugías.” (Varón, 23 años)

La marca social y cultural del cuerpo puede llevarse a cabo a través de una escritura directa de lo colectivo sobre la carne del sujeto. Puede hacerse como un recorte, una deformación o un agregado. Tal es así que la exigencia que pesa sobre los cuerpos para participar del desfile en el carnaval conduce a algunas jóvenes a realizar intervenciones quirúrgicas para amoldarse al estrecho parámetro aceptado.

“(...) hay mucha competencia que llega hasta el nivel de cirugías, porque quieren ser reina, o quieren abrir la comparsa o tener algún papel importante.” (Mujer, 20 años).

Se trata de intervenciones plásticas sobre el cuerpo, que se incrementan a través de la multiplicación de negocios que venden la posibilidad de intervención y transformación de la fisonomía de los sujetos. El cuerpo es tratado como una persona diferente a la que hay que conquistar y al que se debe seducir. Se trata de una lucha contra el tiempo que deja huellas en la piel, los kilos de más, etc. Se observa en los testimonios de los jóvenes cómo la *“estetización de la vida social esta basada en una puesta en escena refinada del cuerpo”* (Le Breton, 2006: 160). Vivimos en un mundo en el que todo es apariencia, una constante teatralización de la vida.

La exposición del cuerpo que el carnaval supone demuestra cómo las apreciaciones sobre el propio cuerpo nacen de la mirada del otro. Estas miradas de los otros son profundamente interiorizadas en los jóvenes debido a que la imagen del cuerpo no es un dato objetivo, no es un hecho, es un valor que resulta esencialmente de la influencia del medio y de las relaciones con las personas de su entorno. Como dice Le Breton, los sentimientos sobre el cuerpo son *“una mezcla de conciencia de uno mismo y de una apreciación social y cultural”* (Le Breton, 2006: 149).

“(...) a uno le gusta sentirse atractivo para los demás. Creo que uno lo hace por uno y por lo que pueden llegar a ver los otros.” (Varón, 23 años).

El sujeto hace una interiorización de la valorización y del juicio social respecto de los atributos físicos que lo caracterizan (lindo, viejo, joven, flaco, gordo, etc.). La historia personal y los ámbitos de socialización del sujeto condicionan la imagen que se hace de su cuerpo, su autoestima y su consiguiente sentimiento de bienestar que se reflejan en su cotidianeidad y especialmente al momento de la exposición que el carnaval genera.

“Aparte uno se siente bien también con uno mismo, porque si vos te probás la ropa y el pantalón te queda ceñido obviamente que te vas a sentir mal. Tampoco estoy diciendo de cagarte de hambre ni nada de eso, pero por lo menos empezar a hacer ejercicio o buscar otras formas de estar un poco más flaco para sentirte bien.” (Varón, 23 años).

En los desfiles del carnaval las mujeres y sus cuerpos se jerarquizan de forma que las más expuestas, las más visibles, sean las más “bellas”. El peso de lo visual se impone de forma tal que las que no reúnen esas condiciones se presentan detrás; la mayoría no puede participar.

“La comparsa se divide por escuadras. Por ejemplo en tal escuadra necesitas chicas morochas de tal altura, medias chiquitas de cuerpo porque llevan un espaldar de tanta altura y de tal peso. Lo mismo en los hombres. Los hombres por ahí usan calzas, los que están más rellenitos se los ubica ahí y los que están mejor de cuerpo se los ve más destapados. A las chicas más lindas las usan de bastoneras, que son las que van adelante. Digamos que hay competencia entre ellas también.” (Mujer, 20 años)

Bourdieu plantea que *“la relación con el propio cuerpo es una forma particular de experimentar la posición en el espacio social mediante la comprobación de la distancia que existe entre el cuerpo real y el cuerpo legítimo”* (Bourdieu, 1986:184). Las diferencias físicas se constituyen así, en la justificación de la desigualdad y la marginación de tipo social y cultural, ya que priman por sobre las cualidades o aptitudes que legitimarían la participación o no en este tipo de espacios (competencia para el baile, destreza física, etc.).

Conclusión

Tanto el tiempo del carnaval como el cotidiano son tiempos que no están exentos de las pautas que rigen el día a día; tiempos regulados en los que se espera algo de los sujetos, en los que estos tienen algo prohibido. El tiempo extracotidiano, en el cual los sujetos pueden permitirse determinadas conductas sin salir - finalmente - de los parámetros socialmente establecidos, no es más que aquel donde los comportamientos y las prácticas adquieren una excepcionalidad en tanto existe una habilitación que las posibilita.

Se encuentra recurrentemente en el discurso de los jóvenes entrevistados, la referencia al carnaval como un tiempo especial en el que “*todo está permitido*”, donde llevan a cabo prácticas de las que “*ni ellos se consideraban capaces*”, donde se manifiesta un clima festivo mucho más general y colectivo del que es pensable durante el resto del año, y un momento al que se orientan varias acciones y sobre todo, expectativas. Para los jóvenes de Gualeguaychú, su participación en el carnaval les permite experimentar sensaciones nuevas que apuntan al encuentro con los otros y con ello a la exploración de uno mismo, al cambio de roles, liberación de la costumbre y las ataduras de lo cotidiano. Sin embargo, esta suspensión provisoria de los usos y costumbres, no es total, ya que ciertas exigencias –que hacen al aspecto y la apariencia, a lo que de él se espera y se demanda- sobre el cuerpo se mantienen y exacerban durante las festividades de carnaval.

Hemos visto que el individuo habita su cuerpo de acuerdo con las orientaciones sociales y culturales que lo atraviesan. Los propios cuerpos se encuentran filtrados por normas sociales e incluso por prácticas económicas e institucionales. La modernidad ha ido asentando la construcción de un imaginario del cuerpo, cuyo origen puede buscarse en el individualismo occidental. En el nuevo lugar social e individual que se le asigna al cuerpo del hombre, está el origen de los nuevos procesos de regulación que pesan sobre el cuerpo, al que se le exigen la mejor forma y apariencia y las sensaciones más originales. Esta búsqueda de mejores formas y apariencias se encuentra exacerbada si se tiene en cuenta que nos encontramos en una sociedad de

consumo donde se busca que los individuos consuman constantemente. La identidad se plasma en la forma en cómo, cuando, donde y con quien se consumen ciertos bienes. A través de muchos procesos de cuidados físicos, ejercicios, ropas, aromas adornos, se inscriben en los cuerpos marcas de identidad y, consecuentemente, de diferenciación. Las diferencias físicas se constituyen así, en la justificación de la desigualdad y la marginación de tipo social y cultural, ya que priman por sobre las cualidades o aptitudes que legitimarían la participación o no en este tipo de espacios

Con el advenimiento de la modernidad tardía y los procesos de atomización social y de los lazos sociales, el carnaval pierde parte de sus atributos de liberación transitoria que primaba en sus orígenes. La exposición del cuerpo que el carnaval supone demuestra cómo las apreciaciones sobre el propio cuerpo nacen de la mirada del otro. El sujeto hace una interiorización de la valorización, el juicio social respecto de los atributos físicos que lo caracterizan condicionando la imagen que se hace del cuerpo, su autoestima y su consiguiente sentimiento de bienestar. Así el rol de la mirada femenina sobre la otra mujer pesa tanto como la masculina, y unos y otros manejan, en este sentido, los mismos parámetros naturalizados.

Sin embargo, las exigencias sobre el cuerpo son distintas para hombres y mujeres, aunque, en el último tiempo, empiezan a pesan significativamente sobre ambos. En el caso que nos ocupa, es especialmente notoria la ampliación de las cualidades y requisitos físicos del cuerpo legítimo que se extiende sobre el género masculino, asimilándose las exigencias para uno y otro género. Si bien los y las jóvenes suelen reconocer en forma crítica las exigencias externas que se imponen sobre las mujeres moldeando sus cuerpos, no por eso renuncian a reproducir esas pautas.

La apariencia a sostener pese a todo, pese a la fiesta, pese a la subversión parcial de las formas sociales ordinarias y la aparición de un espacio de socialización que se supone despojado del “deber ser/parecer” social puede pensarse como una doble inversión: si la vida cotidiana esta compuesta de poses para los demás, para la mirada del otro, la subversión de

ese orden en el carnaval podría ser la apariencia de la apariencia, un doble juego del aparentar.

Bibliografía

Bajtín, La Cultura Popular en la edad Media y en el Renacimiento.

Bourdieu, P. *La Dominación masculina*. Anagrama, Madrid, 2000

Bourdieu, P. *Notas provisionales sobre la percepción social del cuerpo* en Materiales de Sociología Crítica. Ed. La Piqueta, 1986.

Lopes Louro, G. *O Corpo educado, pedagogias da sexualidade*. Ed. Autentica, Belo Horizonte, 1999

Le Bretón, D. *Antropología del cuerpo y modernidad*. Nueva Visión, Buenos Aires, 2006.

Le Bretón, D. *Sociología del cuerpo*. Nueva Visión, Buenos Aires, 2002.